

Estudios Sociales
Vol. XXIX, Número 104
Abril - Junio 1996

CONTEXTO SOCIOCULTURAL DEL PREJUICIO
ANTIHAITIANO DE LOS DOMINICANOS:
UNA INVESTIGACION DE ONE RESPE*

Manuel Matos Moquete**

Acaso no sea yo la persona indicada para referirse a la investigación acerca del prejuicio antihaitiano entre los dominicanos. Me siento muy comprometido con mi vida y las circunstancias que han rodeado mi vida, como para hablar sin pasión de la relación entre haitianos y dominicanos.

En otra ocasión he escrito que la relación entre Haití y República Dominicana es la "historia pasional de dos pueblos, hecha de odio y de amor, de rechazos y de fascinación". En mi caso, es una relación de amor. Entonces, al intentar perfilar el contexto sociocultural de esta investigación cómo excluirme de ese contexto, que en grados diversos, según la diversidad de los dominicanos, podría *corresponder al contexto sociocultural de esos seres vivientes que son los personajes entrevistados en esta investigación.*

¿Cómo no hacer resurgir -hablando de contexto sociocultural referido al tema haitiano- mis gratas imágenes de aquella infancia fronteriza en el Suroeste del país, en Tamayo, mi pueblo?

Tan permanente ha sido para mí la impronta de Haití en mi cultura, que evoco con nostalgia en mi novela **En el atascadero**

* El presente trabajo fue presentado por el autor con motivo de la presentación en el Centro Bonó del libro, **El otro del Nosotros**, fruto de una investigación del Centro ONE RESPE acerca del prejuicio antihaitiano entre los dominicanos.

** Lingüista, área de Humanidades, INTEC.

ESTUDIOS SOCIALES 104

múltiples escenas de sincretismo cultural, como ésa en que el cura párroco se opone al paso de un cortejo fúnebre de los haitianos por las calles del pueblo en nombre del cristianismo:

"Un sonido sugerente y embriagador, como emitido por tubos aflautados, los habría arrancado de sus quehaceres. Y niños y adultos se lanzaron a la calle con el oído tendido hacia el camino donde el cura ya estaba agitando los brazos. Sabían que la gente que vive en los caseríos detrás de las colinas, enterraba sus muertos con música. Cuando el cura los vio llegar se viró hacia ellos, pero sin dejar de hacer señales de la cruz. Y asumiendo la pose de un inquisidor, les recriminaría duramente por su complacencia con los entierros venidos de esos barracones, y por su negligencia espiritual. 'Hay que frenar el paso de esos infieles por nuestras calles -los recibió diciendo-. Esos endemoniados van al infierno cargados de maleficios y pueden apestar el pueblo. Sepárense de esos ñañigos, vudúes-batijolas', despotricó".

En algún rincón de sus fantasías, escenas de ese tipo configuran la dominicanidad y la personalidad de esos dominicanos que respondieron en Santiago a la encuesta de los investigadores. Ellos son dominicanos y dominicanas como yo y como usted. Son de barrios urbanos en Santiago de Los Caballeros, barrios periféricos y populares en su mayoría, gente común de ocupaciones sencillas y gente de clase media, pero todos con un perfil humano equiparable al de la mayoría de los dominicanos.

Dentro del patrón cultural común, comenzarían por considerarse dominicanos, seguramente hijos de Duarte, Sánchez y Mella; creen en sus raíces nativas; son pobres con carencias esenciales, aunque diversas; son de comportamientos rurales y urbanos entremezclados; sienten y piensan con estereotipos recibidos sobre las relaciones con los haitianos. Y su vida, sus experiencias, ésas del cotidianismo ir y venir, del cotidiano encontrar y desencontrar, del cotidiano sobrevivir, les ha llevado a construir representaciones sobre el mundo, sobre el país, sobre sí mismos y sus prójimos, mediando desde luego, en esa construcción, la ideología predominante. Esos son dominicanos llenos de temores originados de sus propias impotencias y de la situación

CONTEXTO SOCIOCULTURAL DEL PREJUICIO ANTIHAITIANO...

socioeconómica incierta y opresiva. Y sienten temores del vecino y del extraño y del extranjero, en particular del extranjero que en su representación se convierte en una grave amenaza para su vida y para los valores que dan sentido a su vida.

Pero también, son dominicanos que aman y muestran sentimientos fraternos y de solidaridad, inclusive con los haitianos, que en su mayoría rechazan por haitianos y por extranjeros. Además, son dominicanos que sueñan con vivir mejor -de ahí quizás su temor- y desean que tanto en República Dominicana como en Haití, la democracia y la prosperidad sean una esperanza hecha realidad.

Son así, dominicanos con espíritu de justicia, con un sentido social de reivindicación, con una preocupación evidente por la suerte de ambos pueblos. Claro está, en primer lugar por la suerte del pueblo dominicano. Porque, como todos los pueblos, son en el buen sentido egoístas y chauvinistas. Y en ese sentido, xenófobos y racistas.

Es un racismo espontáneo, como lo llama Roberto Cassá oponiéndolo al racismo elaborado, ideologizado, de los intelectuales, hechos de instintos de conservación y reflejos inmediatos, que se manifiestan en las acciones cotidianas, en las actitudes urgentes frente al acontecimiento del quehacer diario y comprometido, y se verbaliza en opiniones sin justificaciones claras, coherentes, reflexiones que descubren sus emociones, sus imágenes, sus metas, sus utopías, sus personales temores y esperanzas, sus preferencias y sus rechazos. Es éste el racismo que muestra esta investigación, en la cual, como por añadidura, el contexto de donde surgen las actitudes racistas y xenófobas va haciendo su espacio mudo como un dato implícito, dado ya de antemano, subyacente, impersonal, lejado, que se les impone a esos personajes de la investigación y se nos impone a todos los dominicanos, felizmente con desigual poder de alienación.

Ese dato es la cultura. El tema dominico-haitiano es uno de los tópicos de nuestra cultura. Y cultura es el cuestionario de la investigación, con las preguntas y las respuestas posibles sólo en nuestro entorno sociocultural.

Pero también cultura es el conocimiento y el desconocimiento de los entrevistados, sus grados diversos de información y desinformación.

Un hecho sobresale en esa investigación cuyo valor de contexto es superior al valor de resultado de la encuesta misma: hasta qué punto existe una deficiencia en la educación dominicana, que imposibilita el conocimiento de la sociedad dominicana, de su historia y su proceso de formación, y desde luego, el del vecino país de Haití.

El desconocimiento, la ignorancia de los dominicanos y dominicanas sobre los hechos históricos y sobre la vida actual de Haití y República Dominicana es un marco cultural que posibilita y sostiene los más viles prejuicios.

Y ese estado de la educación está lejos de ser un puro dato para las estadísticas escolares; para las estadísticas de la enseñanza de la historia, la geografía, la sociología, etc.

La cultura es más que un dato. Es el espacio de sentido que construimos y que a su vez nos construye. La cultura es relación de alteridad que permite reconocernos y diferenciarnos, labrando nuestra identidad personal, social y nacional. Un sujeto en situación es la cultura. Pero la cultura no es sólo cuestión de identidad. Es sobre todo cuestión de vida, y de un hacer continuo, de un conflicto sin tregua con lo recibido, con lo desconocido, con lo deseado, con lo social, y con nuestras propias entrañas; con las fuerzas poderosas de la dominación y la alienación, en espacios descubiertos de la vida consciente y en los vericuetos del inconsciente.

En ese sentido, la cultura es un proceso de aprendizaje, de recreación y creación franca, cuyos resultados no son pactados de antemano. Según los sujetos y los contextos, la identificación y la diferenciación son proyectos diversos de ruptura o continuidad con lo recibido socialmente.

Mi madre, una mujer buena hasta el sacrificio, nacida en San Juan de la Maguana, se quejaba hace unas semanas de esta manera:

CONTEXTO SOCIOCULTURAL DEL PREJUICIO ANTIHAITIANO

"A esa señora la tengo que botar, que el que brega con haitianos brega dos veces".

El asunto es que su trabajadora doméstica, de origen haitiano, no le hacía las cosas como ella quería, con sus gustos y manías de una anciana de 80 años.

A ese comportamiento irremediable de la haitiana, mi madre le buscaba una explicación en lo profundo de su cultura familiar y regional.

Argumentaba:

"Me lo decía mi madre, que lo decía mi padre, a quien no conocí porque murió muy joven: el haitiano ni oye ni entiende".

Dada esa certeza, era difícil la relación de mi madre, con su trabajadora haitiana. De ahí su rechazo cultural.

Con esta otra anécdota, extraída de mi repertorio familiar, sólo quiero destacar uno de los posibles productos de la cultura: actitudes y discursos recibidos sin aprendizaje, que se levantan como barreras frente a los demás.

Cuando hablamos de cultura, a menudo pensamos en cosas. En vestidos, comidas, bailes, etc. O pensamos en formas, maneras, modos: modos de vestir, bailar, comer, etc. Todo eso es ciertamente cultura, pero es la parte aparente y fugaz de las culturas.

Ese concepto de cultura es el que prevalece cuando entran en crisis el concepto de territorio y el de patria; éste permite a muchos reconstruir una identidad folklórica. Pero, es un concepto débil, insostenible, en las experiencias humanas.

No, la cultura es sobre todo un sistema de representación y un discurso: vale decir, un sistema de asignar sentidos a las cosas y a las personas y a las maneras de relacionarnos con los unos y con los otros.

La investigación está precedida por un contexto sociocultural que implica un sistema de valores heredados del pensamiento opresor dominicano. Esclavistas, dictadores y tiranos, hateros y

cuatreros de altos rangos, caudillos y burócratas antiguos y modernos, intelectuales de aparato al servicio del poder de turno o de la ideología imperante, han labrado ese sistema, de manera continua.

Los intelectuales conservadores han sistematizado, en ese contexto, el racismo antihaitiano. Cassá muestra ese proceso en su ensayo *"El racismo en la ideología de la clase dominante dominicana"*, con características diferentes pero con continua trayectoria en todo el devenir de nuestra historia.

En esa tradición existe un contexto ideológico, a manera de agenda o temario sobre lo que se ha dado en llamar el problema haitiano, que al decir del Dr. Balaguer y de otros intelectuales, es después del problema interno, el problema principal de los dominicanos.

Ese contexto discursivo parece obligar a cada uno de nosotros a situarse en relación con estas preguntas:

- ¿Es o no es la isla una e indivisible?
- ¿Son o no son los dominicanos y los haitianos un mismo pueblo?
- ¿Son diferentes?
- ¿Deben o no deben unirse o fundirse los dos Estados-pueblos?
- ¿Qué otros tipos de relación deben mantener? ¿De colaboración? ¿De confrontación?
- ¿Cree usted que los haitianos nacidos en República Dominicana son dominicanos y por tanto debe otorgárseles la nacionalidad?

Esos tópicos, y otros que se derivan de éstos, constituyen el núcleo ideológico a partir del cual se articulan el racismo y la xenofobia antihaitiana de los dominicanos, como lo muestra la investigación, dándose como contexto esos mismos tópicos, como referentes impuestos por la tradición.

CONTEXTO SOCIOCULTURAL DEL PREJUICIO ANTIHAITIANO...

Dentro de esa tradición y esos tópicos culturales, un abismo separa a Haití y República Dominicana.

El racismo es el centro de la separación pero existen otras manifestaciones, aunque éste las permea todas.

Las élites de ambos países han obrado en la historia de la isla para dar sentido a la separación entre los dos pueblos, que al principio fue sólo fortuita y física.

Se le dio un valor espiritual a esa separación. Se ha erguido todo un sistema de valores en las dos partes de la isla.

Los diversos sentidos de lo dominicano, que en principio adquieren valor de identificación y diferenciación en el seno de una sociedad y dentro de un conglomerado de sociedades; que aportan factores comunes de la condición humana o de la condición de vecinos oprimidos que comparten intereses comunes y que debieron haber servido como elementos de intercambio y compensación entre los dos pueblos, aquí entre Haití y República Dominicana sólo cumplen una sola función: la separación. La educación, lo hemos visto, omite y distorsiona, la política utiliza el conflicto a su guisa, la economía vende y compra valores contaminados de discriminación, la religión pierde su sentido liberador para tejer amarras de prejuicios e incompreensión entre Haití y República Dominicana.

Dentro de los tópicos de la ideología antihaitiana, la investigación muestra la religión como el punto más seguro y radical del rechazo de los dominicanos a los haitianos. Pero es que obra en la gente un contexto de intolerancia religiosa en el cual no se reconoce la fuerza evangelizadora y de comunión de dicha religión, con misión de integrar a la población haitiana al catolicismo o de respetar las creencias de dominicanos que comparten el vudú y el catolicismo: el sincretismo religioso en amplias zonas y extractos sociales del país es un hecho. El vudú y el cristianismo, en particular el catolicismo, convergen en la creencia de un gran sector de los dominicanos como parte de su cultura.

Pero no se plantea el encuentro de religiones, no se observan los valores de otros credos, sino que se suprimen, se denigran y se ignoran.

Los resultados de esta investigación, elaborados a partir de esos referentes ideológicos que le anteceden con valor de condiciones de producción de esos discursos discriminatorios, arrojan opiniones y comportamientos que a su vez sitúan el contexto actual para la reflexión sobre la relación entre Haití y República Dominicana.

Ese contexto que la investigación ayuda a construir para conocer el estado actual de racismo antihaitiano y orientar la búsqueda del acercamiento entre los dos pueblos, se presenta hoy como una calamidad, una crisis, una fatalidad del pensamiento y la actitud de los dominicanos frente a los haitianos y frente al negro en particular.

El pensamiento más conservador reaparece en cada opinión de los encuestados: como si los autores de ese tradicional pensamiento calaran profunda y permanentemente en la conciencia del pueblo; o peor aún, como si al contrario, la conciencia del pueblo hubiera sido recogida, interpretada por esos autores, y entonces ésta fuera parte de nuestro ser.

Esa situación nos obliga a plantearnos estas interrogantes, que en todas las sociedades están planteadas.

¿Son los pueblos racistas? ¿Son los pueblos xenófobos?

Dicho así, se siente uno tentado a creer semejante condición, dado que se desconocen ejemplos de pueblos que no hayan abrigado en su seno la discriminación racial y étnica.

La investigación refleja en ese sentido, un rasgo casi universal del comportamiento de los pueblos oprimidos y esclavizados por el racismo y la explotación económica; la enajenación. Y junto a ésta aparecen otros rasgos del comportamiento social frente a la explotación: la emigración ajena es condenada en su propia tierra, la suya es sufrida y defendida en tierra ajena.

No seríamos justos si nos detuviéramos en esos datos innegables de racismo que forman parte de nuestra cultura actual, sin referirnos a otros aspectos que obran como causas y resortes de ese comportamiento humano.

CONTEXTO SOCIOCULTURAL DEL PREJUICIO ANTIHAITIANO...

Se sabe que la xenofobia y el racismo prosperan en las situaciones de precariedad de las sociedades.

En Europa este fenómeno se acrecienta en los grandes momentos de crisis: los cambios económicos y sociales crean inseguridad en la población. La revolución francesa dio pábulo al racismo europeo; Robespierre, el prototipo del racismo, fue también hijo de la Revolución, no sólo la libertad, la igualdad, la humanidad y otros bellos postulados: él predicó la superioridad de la raza aria por razones biológicas para oponerse a esos postulados, que igualaban al ser humano.

Hoy la avalancha del racismo en Europa se expresa en forma de miedo ante los derrumbes y las transformaciones políticas en el mundo.

En días pasados, un dominicano que regresó de Praga con un doctorado en filosofía, daba el siguiente testimonio:

"En toda Europa se sienten la xenofobia y el racismo. En mi caso no fui afectado personalmente, pero tengo amigos que fueron atacados físicamente por los skin heads o cabezas rapadas."¹

Si el miedo sirve de interpretación a esos cambios, hay, pues, que apuntar a otro entendimiento; la culpa no es del otro, y sobre todo del otro igualmente pobre. Pero hay que evitar sustituir el miedo por la fascinación.

La fascinación que se siente ante lo externo, la curiosidad ante el otro, no aparece en esta investigación en forma destacada como vertiente benigna del racismo: el haitiano es poco visto como un "buen salvaje", habitante de una cultura y de una patria míticas. En el mejor de los casos, la fascinación se manifiesta como compasión.

El racismo es una respuesta diseñada a partir de un imaginario amenazador, ante un problema dado; los prejuicios, sobre todo el racial, siempre tienen oportunidades de reconstruirse, de transmitirse y reproducirse.

1. Munnigh Fidel, *Hoy*, 20 de febrero de 1996.

En el contexto actual dominicano de este final de siglo, los valores y los parámetros de la cultura del dominicano han cambiado muy poco en relación con nuestros vecinos haitianos y frente a sus conflictos fundamentales como pueblo.

Ese aquí y ahora de un nosotros que llamamos **lo dominicano**, define sus conflictos ontológicos y existenciales frente a Haití, a partir de unos propósitos tradicionales que no replantean el problema ni le dan solución, acorde con nuestros tiempos.

Seguimos construyendo nuestra identidad en la disyuntiva del ser o no ser una raza, en términos biológicos: ¿indios? ¿blancos? ¿negros?

En esa disyuntiva apelamos a los discursos, las actividades y los propósitos trillados en los cuales se mezclan las épocas y todas nuestras experiencias humanas: lo prohibido, lo divulgado, lo común y lo espontáneo, lo elaborado y construido intelectualmente, lo consciente y lo inconsciente, el juicio y el prejuicio.

Con todos esos recursos hemos erigido el discurso del racismo, como discurso de la historia, discurso de las ciencias, discurso cotidiano.

Todo eso funcionando, como muestra la investigación, como bloqueo ideológico, distanciamiento, ruptura, no sólo con respecto a Haití, sino y sobre todo, respecto de nuestra condición de pueblo.

Ese distanciamiento es una negación de nuestra propia identidad, que opera en nosotros a partir de actitudes diversas:

- Descubrimos las diferencias con los haitianos y con los dominicanos de nuestra misma condición, y ocultamos nuestras similitudes.

- Buscamos mostrar una identidad y unidad del ser dominicano, cuando queremos anular el **otro** en el nosotros, desconociendo también que **lo dominicano** es una invención, y que somos diversos en todo lo que nos une.

- Buscamos resolver nuestros conflictos, nuestras carencias, complejos y frustraciones, tomando al **otro**, a los demás, al prójimo, y particularmente a los haitianos, como chivos expiatorios.

CONTEXTO SOCIOCULTURAL DEL PREJUICIO ANTIHAITIANO...

De lo que trata la investigación es del reflejo de una **crisis** mayor; la **separación** espiritual entre dos pueblos; llamo a esto, con Cassirer, el sistema simbólico o cultural de los pueblos: la religión, las artes, las prácticas cotidianas, las nociones de lo bueno y lo malo, de los valores y las actitudes. La opinión que los dominicanos expresan, con sus opciones o preferencias, con sus gustos y sus disgustos, con sus malas conciencias y sus justificaciones abruptas, forzadas, insostenibles, como lo va reflejando el discurso de la investigación es esta diferencia: una alteridad que define y confronta lo dominicano con lo haitiano.

- Lo cierto es que no se trata de tendencias xenófobas y racistas frente a los haitianos de ciertos grupos caracterizados, como las élites tradicionales, los "blanquitos de Santiago", o los jóvenes radicales de derecha, como en algunos países europeos, principalmente Alemania.

Se trata de un movimiento de fondo de la sociedad dominicana que involucra al conjunto de la sociedad.

No quiero, con este sombrío panorama del prejuicio antihaitiano hacer palidecer las esperanzas también reflejadas en la investigación, como parte de ese contexto que he esbozado y de nuestra cultura. Estas se anidan en el carácter parcial y en la diversidad de opiniones de esta encuesta. El prejuicio, aunque generalizado, no abarca igualmente a todos los dominicanos, y hasta existen destellos de desbloqueo ideológico en amplios sectores de la población.

La presencia aquí, esta noche, de todos nosotros se enmarca dentro de esa búsqueda. Los esfuerzos de ONE RESPE, de otras organizaciones con fines similares y de muchos(as) dominicanos(as) obran en el sentido de un acercamiento entre Haití y República Dominicana.

Y sobre todo en el sentido de una desalienación del pueblo dominicano, que lo libere de su propio desprecio y del desprecio a sus semejantes, respetando las diferencias.

Para eso hace falta una voluntad general orientada a lo que Mario Erdheim llama una pedagogía intercultural, refiriéndose al racismo y a la xenofobia en la juventud europea. Dice este autor:

"En el ámbito también serían importantes los modelos de pedagogía intercultural: la escuela es una institución en la que los niños nacionales pueden aprender a relacionarse con los extranjeros... la escuela debería ser un lugar en que el idioma sea un instrumento simbólico para comprender las diferencias culturales".

Yo extendiendo ese concepto de pedagogía intercultural a todos los ámbitos de la vida: el hogar, los centros laborales, la religión, la política, la economía, etc. porque sólo con una educación generalizada y múltiple contra todos los prejuicios que nos esclavizan, podremos cambiar radicalmente ese cuadro del prejuicio anti-haitiano y del prejuicio contra el pueblo dominicano mismo, evidenciados en esta investigación.

BIBLIOGRAFIA

- Bautista Betances A., *El racismo integrante del antihaitianismo dominicano*, en **Estudios Sociales**, (59), enero-marzo 1995.
- Cassá R., *El racismo en la ideología de la clase dominante dominicana*, en **Ciencia**, enero-marzo 1976.
- Cassier E., **Filosofía de las formas simbólicas**, Fondo de Cultura Económica, México, 1976.
- Erdheim M., *Sobre las causas de la xenofobia y el racismo*, en **Humbolt**, 1993.
- Lewontin R. C., **No está en los genes**, Editorial Crítica, Grijalbo, Barcelona, 1987.
- Matos Moquete M., **En el atascadero**, Editorial Taller, Santo Domingo, 1985.
- Matos Moquete M., *Historial pasional de los pueblos*, en **El Siglo**, 1991.
- ONE RESPE, **El otro del Nosotros**, Centro de Estudios Sociales Padre Juan Montalvo, S. J., Santo Domingo, 1996.